yendo tras ella y viéndola descender las gradas de piedra, tiesa como una estatua de mármol.

Todo había ya terminado. Podía marcharse. Antes fué al cementerio donde reposaban los restos de mamá Gervais, y por primera vez, al hablar á la vieja mujer dormida, no la llamó: «madre mía.»

Enrique se censuraba por no haber dicho antes toda la verdad á Genoveva. ¿Conociendo un secreto como aquel, tenía derecho á mantenerlo sepultado? Elena reclamaba el silencio; pero con esto no hacía más que probar su carácter resignado para todo y su deseo de permanecer en el olvido. Ella creía cumplir su deber no pidiendo nada. Enrique cumpliría con el suyo restituyéndola al lado de su madre en el lugar que le correspondía. No vaciló. ¿Y por qué había de vacilar ya? Él solo quedaba frente á frente de Genoveva. Ni Roquevert, á quien tal revelación podría ocasionar la muerte, ni Monerol, que pretendía vivir de ella, estaban ya en el mundo. La suerte sólo deja presentes aquellos tres seres: la madre, el hijo y la niña abandonada.

Aquel Enrique, que deseaba arrojar á Elena en los brazos de Genoveva, tenía solamente un temor. Olvidando todo lo que constituía su ideal ayer, viendo además continuamente á su padre agonizante y representando, momentos antes de morir, aquella terrible escena de comedia, desesperando poder nunca llegar á un grado tal de verdad interesante, sólo tenía una preocupación, pero que, como toda idea fija le inquietaba. ¿Genoveva consentiría en acoger, en abrazar á la abandonada? En el

espíritu de la devota parecía haberse operado una nueva cristalización; más que nunca se presentaba fría, silenciosa é inflexible en apariencia. La influencia del abate Ronchart sobre aquel espíritu débil aumentaba intransigente, y el rudo sacerdote del campo, irritado de haber visto escapársele á Roquevert, azotaba literalmente con su ira á aquella penitente que no había tenido el valor de arrancar al moribundo una palabra de remordimiento. Y eso que él ignoraba que Roquevert, pocas horas antes de espirar, se había dedicado á recitar versos de Molière.

Y ante la cólera del abate Ronchart, Genoveva se encorvaba y se asustaba. Aquel furor piadoso le causaba á Enrique una vaga inquietud. ¡Pero no! ¡Una madre siempre es una madre! Genoveva creía á su hija muerta; ¡con qué alegría, á pesar de su fríaldad, saludaría su resurrección! Una mañana, cuando volvía de oir misa, Enrique le indicó que quería decirle algo importante. Genoveva, levantando sus apagados ojos hasta él, notó, en efecto, que estaba muy pálido. Subió á su cuarto deslizando, más bien que apoyandosus pies en la escalera, y ya allí manifestó que le escuchaba. Enrique se fué derecho al asunto, sin buscar rodeos, y declaró á su madre que su hija, á quien ella creía muerta, vivía, y él sabía dónde vivía.

—¿Ella?—respondía Genoveva únicamente con una emoción contenida, ahogada, que hacía su voz ronca.

Enrique miró atentamente á su madre, estudiándola sin que ella se apercibiese de ello, á pesar de la emoción que también á él le dominaba. Estaba

cruelmente agitada con una sorda violencia. En sus ojos sin vida, se veía, allá en el fondo de sus pupilas, una llama fugitiva. ¡Ah! ¡seguro estaba él de que aquella revelación, que había temido hacer, reanimaría á la pobre mujer y la produciría verdadera alegría! ¡Su hija vivía! Ella no se daba cuenta de la realidad de tal confidencia; pero le parecía que algo cariñoso y dolorido á la vez invadía su ser. ¡Su hija! ¡aquella niña que *él* se había llevado tan lejos, vivía!

—Vive, y la conocéis—dijo Enrique.

—¿Yo la conozco?

Su voz continuaba fría y como torpe; pero sus labios trémulos delataban su emoción.

—El otro día la habéis visto..... sí, la has visto..... en Saint-Clement el lunes último.....

—¿En Saint-Clement?

—Aquella joven alta que te alargó el agua bendita cuando salías.....

—¡Ah!—dijo Genoveva, cuyos torpes párpados caían sobre sus ojos, y que descolorida, inmóvil, veia sin duda ó quería recordar á aquella desconocida que justamente le había llamado su atención y que era su hija.

Sí, alta, elegante, aspecto triste. ¿Aquella era su hija? ¿Era posible?

Abrió los ojos y mirando fijamente á su hijo:

—¿Quién te ha dicho que sea ella?

—Él—respondió en voz baja Enrique, con profundo disgusto, no atreviéndose en presencia de aquella infeliz que era su madre, á pronunciar un nombre maldito.

—Él ha podido mentir—replicó ella irritada.

—No..... no..... allí estaban las pruebas..... Él las mostró como una amenaza..... Elena las ha visto.

—¿Elena?.....—repitió su madre.

Este nombre adquirió en sus labios una dulce y triste expresión armoniosa. Sí, Elena, así era como había llamado á la pobre criaturita que había venido al mundo furtivamente. ¡Elena! En aquel nombre revivía todo un pasado amargo y terrible, y no obstante, Genoveva lo pronunciaba y lo oía con un placer doloroso, admirada.

—Debí haber hablado hace mucho tiempo—añadió Enrique.—Esperaba. Pero tenía la esperanza de que el día que supiérais que no había muerto, no vacilaríais en llamar hija vuestra á la que yo he llamado ya mi hermana.

¡La hermana de Enrique! Tenía razón. Aquella niña que le habían arrebatado era hermana de aquel arrogante joven educado por ella y de quien nunca se separó. ¡Cómo se aclaraba todo á su alrededor con una luz rara, repentina y violenta!

¡Elena!..... ¿Y cómo había vivido aquella Elena? ¿Cómo había escapado de la perniciosa influencia de Monerol? Enrique, que conocía casi día por día la vida de la joven, podía decir las miserias que había soportado, la honradez y el valor de que había dado ejemplo. La presentaba á Genoveva, al principio viviendo de su oficio, después arrastrada por aquella vocación que la mamá Gervais había alimentado, y á medida que Enrique hablaba, un frío glacial se apoderaba del corazón de la madre; todo lo que hacía un minuto era esperanza y casi alegría se transformaba en una

cosa sombría y detestable; la devota caía en su sombrío retraimiento y se preguntaba con terror si estaría marcada con el sello de los réprobos, puesto que siempre y por todos lados tropezaba con aquella obra satánica, con aquella cosa repugnante, el *teatro*, puesto que una especie de fatalidad parecía tenerla encerrada, arrojándola de Monerol á Santiago y de Enrique á Elena. ¡Cómo! Después de Santiago era su hijo á quien tentaba el demonio de las tablas, y hasta aquella hija encontrada estaba también en aquel antro del teatro, también respiraba su impura atmósfera, absorbiendo con los miasmas de bastidores el aire infestado por el vicio, y también en cierto modo la maldición de la Iglesia.

¡Elena! ¡Elena Gervais! Enrique la había nombrado. Y aquella mujer, de la que Genoveva había oído hablar tantas veces y á quien poco ha temía, era su hija. ¡Su hija! una cómica, una niña bohemia, con la sangre de Monerol en las venas, una hija abandonada, arrastrada hacia aquella maldita vida por la herencia del padre.

En vano quería Enrique demostrar á su madre que la desgraciada niña no había conocido otra cosa de la vida que sus duras pruebas; cada una de sus palabras venía á ser como un clavo más sobre la tapa de un ataud.

La piedad un momento despertada en Genoveva, quedábase oculta en el fondo de aquel corazón helado, como en una tumba. Todo el horror inspirado á la devota por el abate Ronchart se acumuló sobre aquella maldita criatura que no parecía ya á la madre una niña recuperada, sino una nueva encarnación de Monerol. Hija del histrión, la actriz no podía tener, por más que dijese Enrique, otros sentimientos que los del miserable. No, no era su hija, era la hija de Monerol. Hubiera preferido no saber nada. Muerta podía llorarla; viva y sabiendo que salía á las tablas, ostentando su belleza tras la rampa, encarnando la mentira, parodiando el dolor, derramando lágrimas fingidas, la despreciaba, renegaba de ella. No, no, no era su hija.

Enrique retrocedió asustado, y poco á poco concluyó por callarse ante aquella inflexibilidad, casi irritada, de Genoveva. El sacerdote se había hecho dueño tan absoluto de aquella imaginación entregada á tan profundos terrores, que de aquella confidencia empezada bajo un rayo de esperanza, Genoveva no quería conservar más que el sentimiento profundo de una expiación que el Señor le imponía por sus muchas culpas. Castigada en la persona de su marido, lo había sido también en su hija, y aun en su hijo á quien el demonio tentaba. Le parecía que la imponente voz del abate Ronchart la aterraba con sus reprensiones. Llevada de una superstición insensata se decía que el destino de Elena, era la pena que sufría por aquella imperdonable debilidad: la de no haber suplicado á Roquevert que renegase de su vida de actor y que pidiera la absolución de su pasado.

Siempre con su inflexibilidad absoluta, terminó aquella conversación, que dejó á Enrique abatido, sin atreverse, ante aquella impasible resolución y aquella fe intransigente, á demostrar la indignación que sentía, la cólera y el dolor que le oprimía.

Genoveva volvió á su reclinatorio, á sus fervientes oraciones, y á los impenetrables silencios que el mismo Roquevert en otro tiempo no podía romper. Enrique estaba desconsolado. Se preguntaba con ansiedad si habría estado desacertado en su confidencia, no atreviéndose á ver de nuevo á Elena, porque temía que se le escapara el secreto de la frialdad de Genoveva, con lo cual inferiría á la pobre joven nueva herida. Confiaba en el tiempo, en un nuevo arranque de piedad para vencer aquella devoción estrecha, feroz é intransigente. Pero cada vez que intentó hablar de nuevo á Genoveva de aquello que esperaba, de la pálida joven que se había aparecido á su madre junto á la pila de agua bendita, una contestación fría de la devota cortaba de un solo golpe toda discusión, toda esperanza.

—¡Siempre preferiré la muerte del cuerpo á la muerte del alma! Y en el teatro el alma se suicida. ¡No me hables más, no me digas nada y déjame rezar!

Rezaba por Santiago y también por Elena. No por aquella mujer vista en la iglesia de Saint-Clement, sino por aquella pequeña criatura abandonada hacía muchos años en las manos del que era su padre. ¿Qué le importaba aquella joven vestida de luto? Para ella era una extraña, menos que una extraña, puesto que añadía su condenación cierta, al terror constante que Genoveva experimentaba. Pero la niña, la inocente niña desaparecida, la pequeña muerta, como todavía la llamaba su madre, tenía por lo ingrato del recuerdo casi seco el corazón de aquella mujer para la

que hoy era actriz. Ella no quería conocer á la tal Elena Gervais que estaba comprendida en la reprobación de una raza maldita, lanzada por el abate Ronchart. Pero la pequeñita Elena que nació sin que sus gritos despertasen en la madre otra cosa más que el terror, aquella niña pálida, miserable é indigente, cuya imagen se le aparecía alguna vez, era su hija. Y de su hija no quería ver, no quería conocer más que aquellas horas angustiosas en que la pobrecita criatura lloraba con el llanto de la recien nacida. Enrique no esperaba ya nada de aquella mujer entregada de lleno á su estrecha devoción é inclinada bajo el miedo del eterno castigo. Le parecía que nada humano podía renacer en aquella alma impenetrable, para todo lo que era la vida de las demás criaturas. Elena había desaparecido. Se marchó como si se hubiera suicidado. Una carta larga depositada en el momento de partir puso á Enrique al corriente de su resolución. Y el joven pensaba que, después de todo, no teniendo la pobre sitio en el gran desierto de París, había hecho muy bien en buscárselo en otra vida nueva, en el alejamiento, en el destierro voluntario.

Por su parte se propuso no hablar nunca más de Elena. Recordaba con qué orgullo reclamaba ésta el derecho de continuar en el silencio..... Le parecía que se hubiera considerado humillada por la súplica y que hubiera rechazado, como una cobardía, el ruego más insignificante. No confiaba ya en nada que le diera ocasión para echar á aquella hija abandonada en los brazos que la madre parecía tener fuertemente apretados contra su pecho.

Dedicada al arreglo y clasificación de los papeles á que dolorosamente le obligaba la reciente muerte de Santiago—cartas de autores ilustres, manuscritos de obras representadas en noches románticas,—Genoveva, á quien aquellos nombres de poetas muertos, y aquellos títulos de obras, olvidadas la mayor parte, algunas inmortales, despertaban tantos recuerdos, iba reuniendo los amarillentos papeles para entregarlos á Enrique que era su dueño; luego andando por su cuarto de uno á otro lado, maquinalmente cerraba y abría cajones intactos hacía tiempo, y que guardaban, como sepulcros, los chales de otra época, los encajes, los cachemires que Genoveva no se ponía ya y que le recordaban los primeros años de su matrimonio, el amor intenso de Santiago, el nacimiento de Enrique ¡tantas cosas desvanecidas! Y como arrastrada por aquel ardor de investigar el pasado, que pone muchas veces al hombre en el camino recorrido, extendiendo sobre él, sobre lo que fué la aurora de su vida agonizante, una melancólica mirada, Genoveva interrogaba, en su silenciosa habitación, todos los objetos encerrados hacía ya más de veinte años en armarios que sólo ella podía abrir y que jamás abría, como si algo doloroso estuviese allí oculto con envoltura de plomo. Daba vuelta á la ropa blanca, examinaba á la luz de la lámpara algún encaje amarillento por la acción del tiempo, sacaba de un cofrecillo alhajas que ya no usaba y que eran antiguos regalos de Roquevert, todo el adorno de su juventud que entonces le parecía bien irónico, bien inútil y casi culpable.

De pronto tembló su mano al encontrar en aquella tumba de su pasado algo dulce y muy grato, que miró con los ojos desmesuradamente abiertos; á su vista estaba un lienzo fino cuya blancura se había ensuciado por la falta de uso.

Genoveva, contemplando tranquila y dulcemente aquel hallazgo, recordando que había conservado aquellas reliquias con una especie de piedad terca, pero habiéndoles olvidado ya y dando inesperadamente con ellas en aquella como visita de ultratumba, Genoveva se sentía desvanecer por una extraña emoción, ligera al principio, poderosa luego, al ver ante sus ojos aquella materialización de sus dolores y de sus remordimientos. Eran tres gorritos de niño, uno de bordados y encajes, otro de crochet, el tercero de lienzo sencillamente adornado con una puntillita que ella había cosido en otro tiempo, temblando de miedo, angustiada, viendo apenas á través de sus lágrimas, en el cuartito que el tío Pesquidoux le tenía señalado en el quinto piso de la casa del *Café Periclés*. Allí se veía también una almilla, una almillita de piqué blanco, adornada en el cuello con una puntilla muy mona hecha por ella misma—le parecía que esto había sucedido ayer—que había rozado el satinado cutis de la niña, de la pequeña Elena, débil y tiritando de frío. Y como en una visión que por momentos aumenta su intensidad la parecía que la niña estaba presente con sus gorritos, que la flaca mano de la devota le ponía agitada por estremecimientos desconocidos. La manga de la almilla parecía aún pasada por el brazo de la niña, y en medio de rara fantasmagoría, creía ver la madre que aquélla le tendía sus bracitos y que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

entre los pliegues de sus pañales hallaba el recuerdo de sus alegrías llenas de vergüenza y de sus lágrimas trágicamente enjugadas.

Todo acudía entonces á su memoria. Tenía veinticuatro años menos. Aguardaba á la noche, y gracias á ella, podía estar sola en su cuarto, y á la luz de la lámpara, trabajar para la inocente. ¡Con qué coquetería llena de amor había adornado las bocamangas, cosido la puntilla de aquella almillita que había abrigado el aterido cuerpo de la niña!

La pequeña Elena, aquella débil criatura que ella había permitido lleverse al padre, aquella Elena, su hija, vivía no obstante. Era una mujer alta, hermosa, buena y simpática, según decía Enrique, una pobre muchacha que, á través de la vida, había también tenido que soportar después de su nacimiento el terrible peso de la expiación. Elena, la pobre Elenita que llamaba, gritaba, tendía sus bracitos y sus tiernas manecitas hacia su madre, se la había devuelto el destino y ella no la había ya abrazado! Y las gorritas de otra época, las gorritas amarillentas, la almilla que aún conservaba la felpilla, como el plumón de un pajarillo, todas aquellas cositas que Genoveva había conservado del naufragio de su juventud, aquellas pobres reliquias de una muerta resucitada, removían en el fondo de aquel seco corazón todo un cúmulo de mal apagados recuerdos. Lágrimas y lágrimas acudían á sus enrojecidos y severos ojos, y—como el agua que hacía florecer de nuevo las secas rosas de Jericó—bajo aquellas lágrimas asomaban sentimientos adormecidos, ideas consoladoras y amargas á la vez,

agitación y terror, remordimientos que tomaban un aspecto nuevo y que no eran ya los de la esposa sumida en su impenetrable silencio, sino los de la madre preguntándose, y hasta preguntando á su Dios si, al rechazar á Elena ahora que la había encontrado, no eran cien veces más culpable que al haberla dado la vida.

Era como un nuevo sentimiento de la maternidad el que la oprimía, mientras entre sus dedos tenía el lienzo, suave como la piel de un recién nacido. A sus fríos labios acudían confusas palabras de perdón y de piedad. De pronto sentía irresistibles impulsos de correr hacia aquella Elena, como en otro tiempo los había sentido de mecer su cuna. Su trémula boca acariciaba con ardientes besos aquella almilla, pareciéndole que á su contacto sentía el calor de los miembros de la pequeñita y cual si depositara aquellos besos en la mejilla de la inocente criatura. Lo mismo que si el viejo Santiago hubiese estado allí presente, como juez y consejero á la vez, le ponía por testigo de sus sufrimientos y de aquella amarga alegría, pareciéndola que de los grandes ojos del gran actor salía, confundida con el llanto, una absolución parecida á la del confesor.

Genoveva creía volverse loca al comprender que todavía podía tener una alegría ó más bien que sobre ella pesaba un imperioso deber: arrancar á aquella Elena de la espantosa vida del teatro, abrazarla por lo menos y llamarla su hija. ¡Su hija! ¡su hija! ¡Aquella palabra inundaba su corazón de un gozo inefable como si Elena acabara de nacer! Se esforzaba por traer á su mente la imagen de

aquella mujer joven, que se le había aparecido en Saint-Clement. Vagamente recordaba una cara pálida con grandes ojos llenos de dulzura. Tenía ansiedad de encontrar á Elena y de pedirla perdón, como se lo había pedido á Santiago, como se lo había pedido á Dios.

La entristecida cara de Enrique adquirió una expresión de alegría, de inmensa y ardiente alegría, cuando su madre le dijo sencilla y fríamente, pero con resolución:

—Yo he estado soñando. ¿Dónde está mi hija? ¡Quiero ver á mi hija!

Enrique lanzó un grito de satisfacción, y abrazó con frenético entusiasmo á Genoveva, derramando copioso llanto.

Pero Elena no se encontraba ya en París; se había expatriado. Con gran ansiedad anduvo en busca de noticias suyas. Debía estar en Turín: se creía que ya habría trabajado en aquel teatro. Oyendo esto Genoveva, seguía diciéndose que ella arrancaría—sí, ciertamente, lo prometía al Señor—á su hija del maldito teatro. Pero no llegaba ninguna carta, ninguna noticia de Elena. Pues bien, en la agencia de casa de Kriegelstein, preguntaría, sabría. Ahora lo que más le urgía á Enrique era saber dónde se encontraba la joven para escribirle lo que de buena gana antes le hubiese gritado:—¡*Nuestra madre* lo sabe todo!

En la Agencia no pudieron facilitarle ningún dato. La señorita Gervais había marchado el día señalado. La temporada teatral no había comenzado todavía en Italia. Era probable que la señorita Gervais se hubiera detenido en el camino.

Enrique se acordó entonces de Felipe. No desconocía la profunda simpatía que unía á Marcy con Elena. Se presentó en su casa. Marcy, pálido, triste, y muy enfermo, no sabía otra cosa que la marcha de la joven. Tendió al joven una mano febril, abrasadora, y con voz débil y apocada, que impresionó á Enrique, le preguntó:

—¿Pero no corre ningún peligro al menos?

—Ninguno..... ninguno..... ¡Qué idea!

Genoveva estaba esperando á Enrique, y vió que venía inquieto. ¿Qué significaba su silencio? Instintivamente el terror de su hijo se apoderó también de ella. En aquella firmísima resolución de Elena, condenándose á desaparecer de aquel modo, se encerraba algo trágico. Y la madre se preguntaba si acaso habría sido ella quien empujara á aquella desgraciada al destierro.

Pasaron algunos días en medio de la mayor ansiedad. Una tarde, allá á las seis, llegó á la plaza Dancourt un parte telegráfico lacónico, pero de una elocuencia terrible. La señorita Gervais, detenida en Lyon por enferma, se moría en un hotel. No era ella la que firmaba el despacho dirigido á Enrique; era el dueño del hotel. Al leer aquellas líneas, mecánicamente trazadas en aquel papel azul cargado de dolores, Enrique quedó como herido por el rayo.

—¿Y bien? ¡es preciso marchar!—dijo fría y resueltamente su madre.

Parecía que algún ser invisible mandaba y que ella obedecía.

Todavía era tiempo de coger el tren de aquella noche. Enrique metió rápidamente unos vestidos

de su madre en la maleta, sujetó las mantas en las correas, y dijo á la vieja Susana:

—¡Volveremos pronto!

El pobre perro *César*, triste desde que había muerto Roquevert y que se pegaba como un abandonado á las faldas de la criada, miraba con sus ojazos los preparativos de aquella otra marcha, y silencioso, parecía olfatear una nueva desgracia.

Durante la larga é impaciente noche del viaje, que una lluvia fría del mes de Septiembre hacía más triste, Genoveva rezaba. Suplicaba al Señor, en nombre de todo lo que ella había sufrido, que aplacase su cólera, que la librara de aquella prueba, de aquellos remordimientos, de la muerte de aquella hija que había crecido lejos de su lado y cuya voz no había escuchado nunca.

Enrique, afligido, no cesaba de pensar en los términos lacónicos del telegrama: *La señorita Gervais se muere* ¿Por lo visto le había llamado? ¿Quería volver á ver á su hermano? ¡Pero no! ¡No era ella quien le suplicaba que acudiese!

—¡Señor, Señor!—repetía Genoveva, con la cabeza hundida en un rincón del vagón.—¡Señor! ¡que el labio de esa niña tenga, al menos, tiempo de pronunciar su perdón sobre la más culpable de las pecadoras!

Al amanecer llegaron á Lyon. Enrique, sosteniendo á Genoveva, á quien aquella noche cruel de ansiedad y dolor había debilitado, se lanzó en un carruaje y dió las señas del hotel. ¡Ah, qué despacio andaba aquel caballo! ¡Y qué torpe parecía el cochero!

—¡De prisa! ¡de prisa! ¡os lo suplico! ¡más de prisa!

En el hotel apenas daban señales de vida. Un mozo, bostezando, abría algunos balcones cerrados. El gran edificio aparecía frío y dormido.

La primera palabra de Enrique fué aquel nombre que contenía un mundo de angustias:

—¿La señorita Gervais?

De pie, fría, envuelta en negro chal, Genoveva esperaba la respuesta con una atroz opresión de corazón.

El criado separó lentamente los brazos que tenía pegados al cuerpo, y en voz baja, como si se tratara de un secreto vergonzoso y el hotel se hubiera deshonrado:

—¡Ha muerto, señor!

—¡Muerta!

La mirada ardiente, febril y extraviada de Enrique se fijó en la palidez de Genoveva, cuya cara había adquirido de pronto una expresión de espanto.

—¡Esta noche—añadió siempre en voz baja el criado—á la una de la mañana! ¿Acaso seréis las personas que ella esperaba?

No respondieron.

—Venid—dijo el criado—yo os acompañaré.....

Rápidamente subió una ancha escalera, mientras Enrique le seguía muy despacio, sosteniendo á Genoveva y diciéndole:

—¡Madre mía! ¡mi querida madre!

Tiesa y descolorida, envuelta en su eterno duelo, la madre parecía una estatua en movimiento.

Abrieron una puerta, luego atravesaron una an-

tecámara y se encontraron frente al lecho donde yacía la difunta, con los ojos cerrados y la boca ligeramente contraída como si estuviese durmiendo.

Estaba muy demacrada, pero bella, con su pelo negro haciendo resaltar su extremada palidez, y una sonrisa indefinible, una de esas sonrisas que saludan el infinito que se abre, una sonrisa de esclavo rescatado, levantaba ligeramente sus labios algún tanto violáceos ya. Sobre su pecho habían cruzado las alargadas manos de la joven y en su seno de virgen descansaba un crucifijo. Parecía como si durmiese un sueño de niño.

A los lados dos hachas ardían dando una luz pálida que entristecía la aurora que penetraba por una pequeña ventana que daba al corredor. Una hermana de la Caridad rezaba á los pies de la cama, ó más bien, después de la noche en vela, dormitaba dando con la nariz en el libro.

Enrique, permanecía inmóvil en la puerta, apretando sus labios para detener los sollozos y contemplando el cadáver á través de sus lágrimas. Genoveva, grave, silenciosa, se acercó al lecho de su hija, y dejándose caer de rodillas, siguió así abismada en el más terrible é insondable de los dolores.

Poco á poco fueron refiriendo á Enrique los pormenores de la agonía de Elena, á la vez que le preguntaban las disposiciones que habían de tomarse para los funerales. Tres semanas próximamente hacía que la señorita Gervais se había detenido en Lyon muy débil y demasiado enferma, según dijo, para continuar su viaje á Italia. Al principio sólo se quejaba de una gran fatiga, sin

tener enfermedad declarada; luego se quedó en cama, y desde el primer día, el médico pronosticó un desenlace fatal. Tenía una especie de anemia crónica complicada con tisis galopante. El doctor había aconsejado á Elena que escribiera á sus parientes, á sus amigos.

—Yo no tengo parientes, y no quiero entristecer á mis amigos. Si curo no los afligiré. Si desaparezco, los que me quieran lo sabrán pronto.

Parecía—según el doctor repetía todos los días—tener vivos deseos de estar sola y sin hablar. Ante la muerte que venía, conociéndolo ella seguramente, se sonreía de una manera extraña. La sonrisa de libertad, que todavía se dibujaba en sus labios, no la había dejado en toda su enfermedad. Cuando se le preguntaba si era preciso avisar á alguno, contestaba «*no*», con una insistencia rara. «Todavía no es tiempo. Me encuentro bien. ¡Más adelante!« Después, un día, dijo:—«¡Bien; ahora podéis escribir.» Era ayer. Había indicado un nombre, una dirección. La misma tarde, la señorita Gervais había querido levantarse, encontrándose notablemente mejor, según decia ella.

—«¡Mañana veré á Enrique!.....»

Estas palabras las repetía con una alegría verdaderamente infantil, añadiendo también en voz baja, refiriéndose sin duda á la *señora*:

—«¡Y *ella!* ¿Quién sabe?»

Allá á las diez la acometió una gran fatiga. Se la acostó. Vino el médico y á poco se retiró diciendo que el caso no tenía ya remedio. La enferma se había quedado medio dormida, tranquilamente, repitiendo por dos veces:

—«Si viene—ó si *vienen*, eso se le había oído claramente—¡despertadme!»

Se le prometió hacerlo, bajando la cabeza, porque ya se conocía la verdad, y así la sorprendió el último sueño sin agonía, tranquila, con la sonrisa en los labios.

Mientras el dueño del hotel, sin gran emoción, refería aquellos detalles, como si contara la vida completa de la joven, Enrique contemplaba el hermoso perfil escultural de Elena, y Genoveva, que se había levantado y seguía en pie como aplastada por su mudo dolor, pronunciaba palabras sueltas, ó decía:

—Gracias..... gracias.....

No quería separarse de allí, deseaba estar hasta lo último junto al lecho mortuorio. Preguntó á Enrique si se podría llevar el cadáver á París. El médico á quien, para consultar esto, hizo llamar, recordó entonces que la pobre joven, medio riendo, dijo un día que si sucumbía deseaba que la enterraran en Lyon, en un rincón solitario, como había vivido.

Aquello había sido como su postrera voluntad.

—Está bien..... Gracias..... Dejadme.

Ante aquella voluntad, triste como una sentencia, Genoveva inclinaba su frente. ¡Sí, había muerto sola, del mismo modo que había crecido, abandonada y bastarda! Dormiría lejos de Genoveva, en un cementerio desconocido, en una tumba vulgar, comparable al lecho de una posada como en la que acababa de dar el último suspiro. ¡Y era su madre, el mismo crimen de su nacimiento, la que la había condenado al destierro hasta la última hora de su

muerte! Apretaba entre sus manos las yertas de su hija, las acariciaba con sus ardientes besos, pobre madre que sólo encontraba á su hija para no verla ya jamás! Contemplaba aquella cara hermosa que la tierra iba á ocultar, tratando de fijar en su imaginación aquellos rasgos soberbios, descoloridos é inmóviles, sobre los cuales iba á caer la tapa del féretro.

—¡Yo quisiera—decía á su hijo—tener siempre, siempre, ante mis ojos su imagen!

Enrique quedó un momento parado, con la mirada fija en los ojos de su madre; luego salió de pronto, dió una orden rápida á uno de los criados y volvió á sentarse al lado de Genoveva, junto á la cama mortuoria. A poco rato entró el mozo, andando despacio, mirando con cierto temor el cadáver de Elena, y presentó á Enrique un gran album y dos lápices envueltos en papel. El hijo de Roquevert apeló á toda su sangre fría, secando sus ojos, conteniendo entre sus párpados las lágrimas que podían caer en el papel, y allí, animoso, voluntariamente sujeto á una obra trágica, á pesar de la fiebre que hacía temblar su mano, á pesar de la pena que tenía, como si fuese un puñal clavado en su pecho, dibujó en el papel del ancho álbum, con el dolor que cada mirada había de redoblar en él, el perfil de su hermana muerta, aquellos altivos y delicados rasgos, su recta nariz, su pura y despejada frente, aquella boca fría y sin embargo llena de vida, los contornos de aquella mejilla, de aquella barba, el principio de aquel cuello, que medio desaparecía bajo las ropas que la recubrian á manera de sudario. Dibujó aquella

cabeza de virgen dormida, aquel brazo de líneas ondulantes, naturalmente doblado, y como descansando sobre su pecho, que parecía elevar aún la respiración. En aquel dibujo puso todo su amor, toda su vida, todo su dolor; y con el frío y la escasa luz que señalaba la hora del crepúsculo de una triste tarde de otoño, Enrique seguia trabajando, intentando dar vida á aquella muerta para que la madre pudiese contemplar la imagen fiel de su hija.

Aquel dibujo, trágicamente terminado velando la muerte, era una obra acabada. A la hermosura virtuosa de Elena en vida se unía la sorprendente majestad que da el eterno reposo. Y, cosa extraña, mientras Enrique trabajaba sintiendo correr por sus mejillas un sudor glacial, tanta era la sobrexcitación de su sistema nervioso causada por la fatiga, por la vigilia y por la emoción, creyó oir una voz—la de otro muerto, la de su padre, de aquel gran artista que se levantaba para legarle su tradición y el vigor que Enrique desesperaba poder igualar—que le hablaba y que le decía que su verdadera creación estaba en aquel arte, en aquel arte que deja tras de sí la obra siempre visible, siempre fija y eterna, hasta el punto que puede serlo una obra humana, y que permite descubrir en una hoja cualquiera, ó en un trozo de tela, los rasgos de aquellos que existieron. Enrique sentía, bajo el influjo de una fuerza superior en que para nada entraba su voluntad, que todas sus resoluciones se fijaban, desaparecían sus dudas, sus sueños, sus aspiraciones del teatro, todos sus proyectos, todas sus ilusiones, que su espíritu,

todo su ser, su alma, á la vez que su mano, los dedicaba á aquel arte cuyo inmenso poder se le aparecía en aquel momento allí, sí, allí junto al lecho donde yacía el cadáver de su hermana, en medio de su dolor, en tanto que sus dedos, con una habilidad maquinal, con una admirable exactitud, dibujaban y trazaban, llenando de poesía el perfil de la difunta y daban á la sorprendente, á la fría realidad de aquel cadáver el brillo y como la aureola de una santa divinizada por la muerte.

Genoveva lanzó un grito cuando Enrique, dando al fin rienda á su dolor, mostrando en su cara las huellas del llanto y rendido de fatiga, le presentó aquel admirable dibujo.

¡Era Elena! era Elena, siempre visible y presente para aquella madre que nunca había oído una voz de aquella boca cerrada, que jamás había sentido de sus labios otra impresión que el inconsciente beso de la niñez.

Entonces Enrique se inclinó sobre la muerta y depositando un prolongado beso sobre su helada frente á manera de un adiós:

—Madre mía—dijo—ahora sé lo que he de hacer, «nuestra Elena» acaba de decírmelo. El teatro ha dado á mi padre un nombre que no se debe empequeñecer; el teatro os ha arrebatado á vuestra hija. ¡Es bastante! ¡no seré actor, seré pintor!

Por el rostro devastado y martirizado de la anciana mujer una ráfaga de reconocimiento se hizo perceptible, y como si la bastarda, con su muerte, hubiese salvado su vida, marcando el porvenir del hijo de Roquevert, la desconsolada madre se arro-

dilló, con un fervor más profundo y un sufrimiento más desgarrador, delante de aquel cadáver, y dulcemente, en voz baja, extraviada y aniquilada por las continuadas sacudidas que habían agitado su cuerpo toda la noche y todo aquel día, Genoveva Roquevert, derramando lágrimas, habló suplicante al oído de la hija de Monerol.

Felipe ignoraba aquel fin resignado de Elena Gervais y su silenciosa sepultura en el cementerio de Lyon sin más acompañamiento que el de Enrique, Genoveva, un dependiente del hotel, algunos criados y otros desconocidos que habían seguido su entierro. Ella le había anunciado su marcha, pero nada más. Desde Italia escribiría. Prometió comunicarle noticias suyas. Le pareció á Marcy que en aquel adiós había algo más que amistad, y que aquellas líneas no expresaban todo lo que Elena hubiese querido confiar. Quizás Felipe se equivocaba, juzgando la simpatía de Elena por el afecto que él sentía hacia ella. Pero esta ilusión constituía su alegría y confiaba que la actriz no le olvidaría y que pensaría en él para hacerle partícipe del consuelo que le esperaba en sus triunfos.

Además él no leía ningún periódico, no preguntaba nada, experimentaba un placer amargo haciendo aquella vida animal, solitaria, sin otro fin que proporcionar algún placer á su Andresito, que le parecía triste, pálido y delicado desde la ausencia de Sabina. El niño no la nombraba jamás, pero á Marcy le parecía que estaba pensando siempre en ella.

Las imaginaciones de los pequeñuelos tienen también sus ideas fijas, y Felipe temía que esto

fuera causa de enfermedad en el niño; enfermo, agitado por una fiebre lenta que minaba cruelmente su existencia, que le condenaba al insomnio y le hacía perder el color y las fuerzas, solo tenía una inquietud y un temor: su hijo.

Valeriana, la abuela, observaba con angustia en el rostro de Felipe los crecientes estragos de aquella fiebre que nada podía vencer. Enrique, vuelto á París con su madre, más asustada que antes y con su trágico mutismo, Enrique, afligido al ver aquel continuo agotamiento de fuerzas de su maestro, le ocultó con mucho cuidado la muerte de Elena, y así Marcy pudo creer que el joven sólo llevaba un luto, mientras encerraba dos en su corazón, y no se preocupó más que del delicado estado de salud de su pequeño Andrés y de que éste podía morir.

Dominado por aquella idea, salía frecuentemente con el niño, «le bañaba de aire», como él decía, le paseaba, y mientras Andrés corría de acá para allá, su padre arrastraba penosamente su debilidad por aquellos jardines. Un domingo le llevó al Luxemburgo á pasear bajo los árboles, frente á un teatro infantil. El cielo, con sus tonos azules en medio de algunas nubes blancas y parecidas á grandes masas de algodón, formaba el techo de aquel teatro lleno de luz. Los rayos del sol de Abril daban vida á las hojas de los árboles, de un verde pálido todavía. Y bajo aquella frescura, bajo aquel cielo templado ya, en la tibia atmósfera de un hermoso día primaveral, los niños se amontonaban en los bancos, en las sillas, de pie, abriendo sus grandes ojos dirigidos á un mismo punto:

hacia aquella escena en la que, pendiente de un hilo, bailaba una figurita de madera que representaba ser el actor. En aquel público infantil eran dignos de verse y oirse los movimientos de entusiasmo, las exclamaciones ruidosas, los gritos chillones, los palmoteos ruidosos y las risotadas con que celebraban el menor movimiento del figurado actor.

Cuando Andresito, que había formado parte de aquel público, salió del teatro, le preguntó Felipe:

—¿Te has divertido?

—¡Oh, mucho, mucho! ¿Y tú?

—Yo me divierto siempre que tú estás contento.

Buscando un carruaje iban andando por las calles, cuando de pronto Marcy palideció extraordinariamente, y por un movimiento natural atrajo hacia sí el niño, diciéndole al mismo tiempo todo asustado:

—¡No mires!

¡No mires! La curiosidad del niño se despertó con aquella advertencia, y mirando á su alrededor vió pasar cerca de él el entierro de un niño.

Al punto acudió á sus labios la palabra que hacía un momento había acompañado el término de la lucha de los fantoches: *muerte.*

—¡No digas eso! ¡No pronuncies esa palabra! Ven, ven de prisa—repetía Felipe arrastrando al niño con él.

Pero un cruzamiento de carruajes obligaba al pobre padre á tenerlo que ver todo, casi á rozar con aquella lúgubre comitiva que, como si tuviera un raro atractivo, llamaba poderosamente la atención del niño y le hacía volver la vista, fijándola

en el pequeño ataúd, que era lo que más excitaba su admiración. Todas las supersticiones y las debilidades capaces de albergarse en un ser que quiere con delirio, torturaban á Felipe, pareciéndole que el niño del féretro llamaba al niño vivo, como si el esqueleto de la muerte tendiese sus descarnados dedos sobre la frente del pequeño.

—¡Ah!—se decía el padre—¡que todo se derrumbe á mi alrededor, pero que me quede mi hijo! ¡Sólo me faltaría sufrir esta terrible desgracia!

Como consecuencia de estas excitaciones, su fiebre se exaltaba y debilitaba aquel cuerpo antes resistente y aquel espíritu enérgico. Felipe experimentaba profunda postración y así como hastío de la vida. No podía trabajar ni pensar. Tanto su cerebro como su mano sentían la misma fatiga. Cada día aminoraba su fuerza, su energía, y aquella fiebre fatal llegaba á vencer las últimas resistencias de su vigoroso temperamento. Por fin, una mañana ya no le fué posible levantarse. Notó que su cabeza daba vueltas, y tuvo que quedarse en la cama acometido por un violento escalofrío.

La postración de Felipe aumentaba atrozmente. En lo sucesivo ya no permitió que su madre se separara de su lado. Siguió acostado, acompañado de Valeriana, silenciosa allí en su cuarto, y contando los días, que pasaban lentos, uniformes, cargados de tristes pensamientos que procuraba alejar de su mente. Por el día el sol hacía aparecer transparentes los cortinajes de Persia á través de los que Felipe distinguía vagamente los árboles de la avenida que verdecían y despedían eflu-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

vios de la vida primaveral; luego venía la tarde, el sol desaparecía poco á poco y Felipe pensaba que era su propia vida, que se extinguía. Sucedía la sombra, reinaba el silencio en el exterior y sólo se oía el rodar de los coches y las pisadas de los caballos. Los cortinajes tomaban alternativamente un tinte ópalo ó azul obscuro, el cuarto quedaba obscuro, luego se iluminaba con la amarillenta luz de una lámpara, sirviendo de distracción al enfermo los círculos que la agitada sombra de esta luz formaba en el techo.

El pequeño Andrés entraba alguna vez saltando y haciendo un ruido que al enfermo causaba alegría; corría hacia la ventana, y desde allí veía á los chicos de la calle que se entretenían en tirarse á la cara puñados de paja de la que habían extendido delante de la casa de Marcy para amortiguar el ruido de los coches. Aquellos muchachos se revolcaban por el suelo llenándose la cabeza de paja. ¡Andresito hubiese querido correr y dar brincos como ellos y tirarse paja á la cara como ellos hacían!

—¡Mamá Valeriana, yo quiero hacer lo que hacen esos chicos! ¡También yo puedo hacerlo, puesto que es nuestra la paja!

—*¡Chis!*—le decía la abuela contestándole con amabilidad.

Después, por la tarde, el niño acudía á abrazar á su padre, y con ese aire misterioso que es frecuente en los niños:

—¡A ver, papá, si acabas de levantarte! ¡Qué bonita está la calle! ¡Alumbran las estrellas!

Y otras veces:

—¡Las han apagado!

Y el enfermo inclinaba la cabeza. ¡Demasiado sabía él, desgraciadamente, que las estrellas no alumbraban! Había una en el firmamento, que en otro tiempo brillaba y sobre la cual una boquita femenina había soplado ¡puff! y su luz había dejado de brillar.

Una mañana se presentó el pequeño sonriendo, y dirigiéndose á su padre, que despertaba amodorrado de una noche febril, le dijo con cierta formalidad con su vocecita de pájaro:

—¡Papá, tú estás siempre malo! ¿verdad? ¡Pues bien! ¡Yo soy quién te *va* á curar! ¡Toma!

Y al decir esto puso sobre la cama del padre un gran polichinela que había separado de entre sus juguetes, añadiendo con su vocecilla dulce y cariñosa:

—¡Diviértete, toma!

—¡Qué bueno es el pobrecito niño!

Acostado en la cama, el polichinela, separando sus piernas y levantando las manos hacia el techo, con su fino perfil volteriano, su nariz y su barba puntiaguda, en aquella actitud rara, parecía burlarse de aquel enfermo que le miraba con los ojos abiertos y entristecidos. Involuntariamente el pintor contemplaba aquel Juan de las Viñas que había salido medio destrozado de las manos de Andresito y que hacía remontar el pensamiento del enfermo hasta aquel día—tampoco lejano—en que, lleno de contento, había llevado á la casa el juguete, pareciéndole que ya estaba presenciando la alegre satisfacción del niño. ¡Cómo había subido la escalera! ¡Cómo había ordenado que inme-